

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Con el domingo IV del Tiempo Ordinario comenzamos la presentación del Mesías de la Palabra, mediante el *Sermón de la Montaña*.

Solo haremos uso de él los domingos 4 y 5 del Tiempo Ordinario, pues al comenzar la cuaresma el día 9, interrumpimos la lectura de San Mateo, para reemprenderla el día 5 de Junio, correspondiente al domingo X con el texto Mt 9, 9-13. Debido a la importancia de este discurso, quiero hacer una presentación del mismo para poder comprender mejor su mensaje: Mt 5, 3-16, donde se encuentran las Bienaventuranzas.

San Mateo en el Sermón del Monte ha reunido muchas de las enseñanzas de Jesús en cinco discursos, que ha colocado a lo largo de su evangelio (Mt 5-7; 10; 13; 18; 24-25”) Los capítulos 5-7 forman el discurso Evangélico; el 10 el discurso Apostólico; el 13 el discurso parabólico; el 18 el discurso eclesiástico y los capítulos 24-25 el discurso escatológico.

En realidad no se trata de verdaderos discursos. Son más bien colecciones de enseñanzas de Jesús reunidas por temas. Estos discursos son la expresión de la nueva ley que supera a la antigua, escrita en los cinco libros del Pentateuco.

El evangelista intentaba así ofrecer a su comunidad una nueva “ halakah” o código ético, distinto al del judaísmo, que había servido de referencia a muchas comunidades cristianas antes de la ruptura entre el cristianismo y el judaísmo.

De forma gráfica, la división del Sermón de la Montaña es la siguiente:

- a) 5, 1-2: Ambientación
- b) 5,3-16: Introducción: bienaventuranzas
- c) 5, 17-48: Nueva interpretación de la Ley
- d) 6,1-18: Nueva interpretación de las prácticas de piedad
- c’) 6,19-7, 12: Nueva ética cristiana
- b’) 7, 13-27: Conclusión: los dos caminos
- a’) 7, 28-29: Reacciones de los oyentes.

El centro literario y teológico del sermón se encuentra en Mt 6, 1-18, que tiene también una estructura concéntrica, en la que el Padrenuestro ocupa el lugar central. Puede decirse, pues, que esta oración constituye el centro de todo el sermón del monte, y es la clave desde la que deben entenderse sus enseñanzas éticas. Lo que se propone en él no es un camino de esfuerzo voluntarista, sino un estilo de vida que sólo Dios puede conceder, y que, por tanto, debe ser suplicado en la oración.

5, 1-2 Ambientación.

El evangelista presenta a Jesús en un monte, que es el lugar tradicional de la manifestación de Dios en el Antiguo Testamento; y sentado, es decir, en actitud de enseñar. La enseñanza es una actividad característica de Jesús (Mt 4, 23-25; 9, 35; 11,1), que los discípulos sólo podrán asumir después de ver al resucitado (Mt 28, 16-20). Los principales destinatarios de estas enseñanzas de Jesús son los discípulos, en los cuales debemos ver no sólo los discípulos del Jesús histórico, sino también a los miembros de la comunidad cristiana a quienes Mateo dirige su evangelio.

5, 3-12: Bienaventuranzas. El sermón del monte se abre con una declaración solemne, en la que el reino de los cielos anunciado por Jesús aparece como buena noticia para los pobres. Esta solemne declaración constituye la obertura del discurso, en la que se propone el estilo de vida que se hace presente con la llegada del reino.

Las bienaventuranzas poseen un esquema literario que se encuentra en la tradición sapiencial y apocalíptica del Antiguo Testamento (Sal 1,1; 33,12; Prov 3,3; Dn 12,12. Sabemos que esta forma de expresarse fue utilizada frecuentemente por Jesús (Mt 11,6; 13,16; 16,17; 24, 46) y que las primeras comunidades cristianas conservaron pequeñas listas de bienaventuranzas, como la que encontramos en el evangelio de Lucas (Lc 6, 20-23.) Mateo ha ampliado considerablemente la lista más escueta de Lucas. Sus notas características son la espiritualización, la ampliación (cuatro en Lc; nueve en Mt) y la aplicación al comportamiento cristiano.

Desde el siglo VIII hasta nuestros días, el texto evangélico para la fiesta de Todos los Santos ha sido tomado de este pasaje concreto

En conjunto, son un mensaje de esperanza, y una palabra de aliento, para descubrir la presencia del reino y anhelar su llegada definitiva.

Este grupo de ocho bienaventuranzas queda dividido a su vez en dos grupos de cuatro. La novena bienaventuranza (Mt 5, 11-12) rompe el estilo de las anteriores y parece en realidad una aplicación de la octava. La última bienaventuranza está redactada en segunda persona del plural. El evangelista se dirige directamente a los miembros de su comunidad que tienen la experiencia de ser perseguidos por causa de Jesús, para alentarlos en medio de su adversidad

Las cuatro primeras (Mt 5, 3-6) están relacionadas entre sí. Son una declaración de la felicidad que poseen aquellos que se abren a la acción de Dios en una actitud de acogida sincera.

Se dirige al grupo de los que son pobres en el espíritu, es decir, a los pobres del Señor, que han puesto su confianza sólo en él, y alimentan su espiritualidad en los salmos del Antiguo Testamento (Sal 24, 3-4; 37,11), esperando que Dios manifieste su reino y colme su esperanza.

Son los humildes, los que ahora están tristes y los que desean ardientemente hacer la voluntad de Dios.

El segundo grupo (Mt 5,7-11) contiene cuatro bienaventuranzas que están más orientadas hacia el comportamiento cristiano. Mientras que en el primer grupo se constatan situaciones, en este segundo se proponen actitudes de los discípulos.

1ª: Dichosos los pobres en el espíritu, porque suyo es el reino de los cielos

Estos pobres son los que por una larga experiencia de la miseria económica y social han aprendido a no contar más que con la salvación de Dios. Se trata de una condición humana material y espiritual a la vez que el AT conocía ya. Son los anayim o ana 'anawim del AT. Pobres en su espíritu, es decir, en lo más profundo y en lo más concreto de su condición, delante de Dios y de los hombres. El texto de Lc omite las palabras en espíritu, pero tiene probablemente el mismo sentido, quizá con mayor énfasis en la miseria social.

San Mateo con la frase Pobres de espíritu no se refiere a los que, a pesar de ser ricos, están espiritualmente despegados de sus riquezas. La expresión es muy probablemente un eco de Is 61,1; designa la clase pobre, que constituía la gran mayoría de la población en el mundo helenístico-romano. En los escritos tardíos del AT y del judaísmo, el nombre de esta clase, *nawim*, pasó a convertirse casi en un término técnico para designar a los judíos piadosos y observantes. La expresión “pobres de espíritu” de Mt, carga el acento en la condición humilde de los pobres más que en la efectiva carencia de riquezas.

“Humildes” o “pobres”, en hebreo ‘anawîm. Si la lectura sapiencial tiende a considerar la pobreza, rēš, como efecto de la pereza; los profetas saben que los pobres son ante todo los oprimidos, ‘aniyyîm; reclaman justicia para los débiles y pequeños, dal-lîm, y los indigentes, ‘byônîm. Con Sofonías, el vocabulario de la pobreza toma un colorido moral y escatológico. Los ‘anawîm son en realidad son en una palabra los israelitas sumisos a la voluntad divina. A los pobres es a quien será enviado el Mesías. El mismo será humilde y manso.

2ª: Dichosos los que están tristes, porque Dios los consolará.

Estos que lloran o se afligen lo hacen por cosas muy concretas; lloran a sus padres, a sus amigos, sus seguridades sociales desaparecidas o amenazadas. No se trata de melancólicos ni de personas que lloran sus pecados. En el AT y el pensamiento judío posterior, la aflicción y la consolación van con frecuencia unidas: Dios promete su ayuda a los atribulados. Este consuelo definitivo, esperado por los pobres de Israel se hace presente, si bien todavía no universal y manifiesto, en el ministerio de Jesús.

3ª: Dichosos los humildes, porque heredarán la tierra.

Estos mansos, no violentos, lo son más por condición y necesidad que por inclinación; no tienen nada que decir; ningún medio de hacer triunfar sus derechos.

Heredar la tierra: expresión clásica judía; a los que les había faltado todo no carecerán de nada. (Salmo 37,11. Pongamos de relieve el acento terrestre, concreto, de la bienaventuranza.

4ª: Dichosos los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios, porque Dios los saciará.

El hambre y la sed designan un deseo ardiente, una necesidad del corazón y del cuerpo

5ª: Dichosos los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos.

El adjetivo designa una actividad más bien que un carácter innato; son los que ejercen la misericordia y se compadecen de los afligidos. A partir de este versículo, las bienaventuranzas ponen en escena no a los pobres, afligidos y pasivos, sino a los pobres activos.

6ª: Dichosos los que tienen un corazón limpio, porque ellos verán a Dios

No se trata de hombres puros por su corazón (puro. No es cuestión tampoco del ideal inaccesible del corazón exento de pecado, sino, según la escuela del AT, del corazón no dividido, sincero, leal, servidor de Dios y de los hombres

Ver a Dios: en el reino eterno; ser admitido en su santa presencia sin morir por ello.

7ª: Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los hijos de Dios

No son los que viven en paz, sino los que la hacen, la crean, primero, sin duda, a nivel de las relaciones humanas y comunitarias de todos los días. Serán llamados, es decir, declarados hijos en el último juicio; es la dignidad escatológica suprema.

8ª Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Esta justicia no es la de Dios, sino la fidelidad a los preceptos de Dios, y aquí, del Dios revelado por Jesucristo

Como lectura primera tenemos un texto del profeta Sofonías 2,3; 3, 12-13. El versículo 3 es parte de la exhortación a la conversión: “*Buscad al Señor los humildes, que cumplís sus mandatos; buscad la justicia, buscad la moderación, quizá podáis ocultaros el día de la ira del Señor.*”

Los versículos 3, 12-13 tratan del humilde Resto de Israel. Este oráculo da una de las descripciones más perfectas del espíritu de pobreza del AT:

“Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor. El resto de Israel no cometerá maldades, ni dirá mentiras, ni se hallará en su boca una lengua embustera; pastarán y se tenderán sin sobresaltos “El resto de Israel 3, 11-13 de Sofonías:

Este oráculo, que da cumplimiento a la promesa expresada en 2, 3, es una de las Fuentes principales para entender el concepto veterotestamentario de “pobres de espíritu”.

Para Sofonías la pobreza material no tiene valor alguno.

La segunda lectura está tomada de la 1 Cor, 26-31.

“ Hermanos: fijaos en vuestra asamblea, no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; todo lo contrario

lo necio del mundo lo has escogido Dios para humillar a los sabios. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. Por él, vosotros sois en Cristo Jesús, en este Cristo que Dios ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención”

Aunque nunca debemos intentar unir a la fuerza las tres lecturas; creo que en esta ocasión se las puede juntar. La comunidad de Corinto era una asamblea pobre en un sentido humano; pero en el Señor se ha hecho rica, feliz, bienaventurada.

El cristiano posee en Cristo todo lo que los griegos y judíos anhelaban: sabiduría, justicia, santidad y redención. Cristo crucificado y resucitado es la sabiduría de Dios (1 Cor 1, 18; Col 2, 3).

Justicia: Cristo, que es “ el sí “ a todas las promesas de Dios, encarna la justicia divina, es decir, la fidelidad de Dios a sus promesas de salvación (Rom 3, 21-30)

Santificación: En cuanto encarnación de la santidad de Dios y dispensador del Espíritu de santidad impartido en el bautismo, el Cristo resucitado se ha hecho santidad para nosotros.

Redención: Cristo, por su muerte y resurrección, ha liberado al hombre de la esclavitud del pecado, de la carne, de la ley y de la muerte. Pablo menciona la redención en último lugar porque se completa solamente con el don de la última gracia, la resurrección gloriosa de los cuerpos (Rom 8, 23)

Concluyendo. Este domingo IV tiene una enseñanza densa y fundamental. Creo que ha valido la pena el esfuerzo de haber presentado en líneas generales el Sermón de la Montaña, pues su importancia es patente.

Si hiciésemos memoria de lo que ha supuesto este discurso en la Espiritualidad, veríamos que ha sido muy grande. No debemos considerar el Sermón de la Montaña en su dimensión moral, ascética, sino teológica, evangélica. Lo que distingue al cristiano es precisamente la práctica de este Sermón.

Con este Sermón podemos comprender un poco mejor los cuatro restantes discursos, antes indicados. Todo hombre busca la felicidad, el makarismo; en estas máximas se encuentra la verdadera felicidad, la dicha, la bienaventuranza.